

**F** *undido a...* DONALD F. DELPE. Catorce años. Un chico escuálido, hombros tan descarnados como una percha. Pinta rara. Ni cejas ni pelo. La cara como una patata pelada. Camina como si chapoteara por las calles de Watford en medio de un viento violento y lluvioso del norte que parece venir de Siberia, un gorro bien calado en la cabeza, música a toda pastilla a través de los auriculares conectados a su iPod mientras cruza la ciudad cubierta de nubes. La cólera es su estado de ánimo, a falta de otro. También la melancolía. Casi todo el tiempo mira al suelo. Un girasol en la lluvia.

¿Su gran problema? Piensa en el sexo, como siempre. Ya lleva así un par de años. Colocado de testosterona, más solo que una rata, todos sus pensamientos están clasificados X. Si estas pelis porno mentales que se monta llegaran a proyectarse alguna vez, los censores tendrían que dejarlas en nada para el público familiar, no quedarían más que pitidos, imágenes en blanco y pi-

xeladas, hasta que no fueran más que esa figura que se pasea abrigada hasta las cejas, que es todo lo que el mundo llega a ver de Donald F. Delpe.

Flap, flap, suenan sus zapatones mientras cruza malhumorado esta población al norte de Londres que conoce tan bien que puede cerrar los ojos cuando se le antoje y saber justo cuándo ha de levantar el pie para esquivar una losa mal alineada, o cuándo hacer un giro izquierda-derecha-izquierda para colocarse en su mesa favorita del Kentucky Fried Chicken del pueblo, el reservado de plástico rojo con sus sillas con la forma del culo encaradas a la ventana y a un enorme cartel al otro lado de la calle ocupado todo el año por un magnífico ejemplo de feminidad de grandes dimensiones: una modelo de ropa interior de diez metros de ancho, una guarra (su palabra favorita) cuyos pechos, de la altura de un hombre, están mecidos por un sujetador monstruoso, una hamaca que podría colgar entre los árboles y pasar en ella felizmente toda su larga vida (si una larga vida hubiera sido una opción para él): el cuerpo alargado de la modelo se reclina a un lado, sus campos de fútbol de carne punteados de piel de gallina mientras mira a Donald F. Delpe, que está al otro lado de la calle, con una expresión seductora de «estoy a punto» que para él indica un deseo ardiente.

Este chico ¿está mal de la cabeza? El hecho de que esa chica del cartel de tamaño gigante le provoque una semierección, ¿le inquieta? En absoluto. Tiene catorce años. Es un chico virgen de catorce años. Que un anun-

cio le provoque una semierección es una de las grandes maravillas de la naturaleza.

Pero hoy pasa de largo junto a esa tía gargantuesca. Apenas le lanza una miradita de soslayo, pues hoy el chaval está ocupado, tan ocupado como las calles que le rodean, como este pueblo que a menudo imagina que defiende y protege: un páramo vital antaño tranquilo que ahora mira impasible y con los ojos desquiciados el ajetreo anfetamínico de la industria del cine en que se ha convertido de la noche a la mañana, mientras los del pueblo trabajan tropecientas horas para sacarle todo el jugo a las series paralelas surgidas del éxito en la taquilla mundial de las películas de *El aprendiz de brujo*, un fenómeno que continúa y que ha puesto a esta población satélite en el mapa y ha convertido en estrellas de primera a esos actores de serie B hasta entonces desconocidos.

El impacto más visible de esas películas es que todos los barrios del distrito de Watford y Leavesden se han convertido en solares de estudios de cine. Enormes monstruos de látex amenazan la antigua zona de llegadas del diminuto aeródromo; carteles de maléficos comecadáveres con los ojos inyectados en sangre y enormes bocas abarrotadas de colmillos asoman de los escaparates de las tiendas que venden tostadoras y barbacoas a gas; un dragón de veinte metros tiene las garras hundidas en el tejado de la sala de cine del pueblo, como si, con un movimiento de sus alas con púas, pudiera llevarse todo el lugar al infierno.

Es pleno verano, 2006: el verano en el que casi todo el mundo cree que tiene vínculos provisionales con Hollywood, esa tierra de fantasía, tan remota al otro lado de un mar tempestuoso; el verano en el que todo el mundo se ve a sí mismo en el mundo del espectáculo y ha comenzado a pensar en fotogramas por segundo, a soñar en Panavision, a ver el mundo en forma de montaje, como escenas estupendas o malísimamente dirigidas, como una serie de cortes bruscos o lentos fundidos a negro, de vidas que son un éxito o un fracaso, de relaciones que son como comedias con un final manido, del Pasado como la primera entrega de una historia y del Futuro como una franquicia cuyos derechos para el cine están libres. Toda la vida, toda, habita el glorioso «ahora» del tiempo presente común a los guiones de cine, de manera que incluso el basurero se pasa la noche en blanco esperando una llamada de su agente, y las peluquerías y los bares del pueblo exhiben fotos de los empleados con los brazos rodeando el hombro de una estrella. Es el primer verano en la memoria en el que una vida vulgar, de trabajo duro y temerosa de Dios parece una opción birriosa si la comparamos con las brillantes proyecciones de luz blanca a través del celuloide. Donald recorre esta población de extras, dobles, finalistas para hacer de dobles, suplentes de los suplentes, gente que casi ha llegado a una audición, parientes lejanos de gente que ha tenido un papelito, aspirantes de todo tipo tan espantosamente cerca del estrellato. Pero Don está feliz de mantener la cabeza gacha. Seguido por el barrido

de una cámara de seguridad (pues hoy en día todo el mundo está más o menos en el cine), escucha su propio ritmo de la jungla cuando, en el argot de sus amados cómics, ¡LLEGA EL DESASTRE!

Una niña a pie. Un Toyota Corolla a toda velocidad. Dos incompatibles. Donald levanta por primera vez la vista de sus zapatos. Estrecha su campo de visión. Piensa en la visión láser, piensa en lentes telemétricos, piensa en Clark Kent. Desde una distancia imposible, este singular muchacho prevé todo lo que va a ocurrir, y echa a correr, corre tan deprisa como un coche, a medida que el Corolla se cierne sobre la niña extraviada en la calle, una niña demasiado pequeña para comprender el peligro al que se enfrenta, tras haberse separado de su padre (que balbucea argot inmobiliario en la acera: «Bueno, Bruce, todo depende de si está indexado, de si está sujeto al tipo base...»), mientras la conductora del Corolla también está absorta en su propio mundo, gracias a los niños que están sentados detrás y que riñen por hacerse con el control de la pantalla que hay en el asiento trasero y convierten a una madre por lo demás competente en el equivalente a un borracho sacudido por la epilepsia, mirando a todas partes menos a la niña que está en medio de la calle. Por desgracia para todos, Donald, nuestro héroe, aunque ahora corre, seguramente está demasiado lejos para poder ayudar —no hay manera humana de que pueda llegar—, y sin embargo, con un tiempo de reacción que te permitiría sobrevivir en *Grand Theft Auto* sin recurrir al chaleco antibalas y quedar per-

fectamente «sano», arranca un monopatín de debajo del brazo de un chaval de mandíbula floja, de una patada se lanza hacia la emergencia con un impulso extraordinario, salta sobre las piernas de un mendigo despatarrado en diagonal en el camino, e incluso añade una combinación de giros verticales y horizontales que le harían ganar una competición sólo *porque se puede*, a continuación aterrizaba en la calzada con cero preocupación por sí mismo y agarra a la niña por un brazo, levantándola por encima de la altura del parachoques que se acerca, al tiempo que el objeto cromado que trae la muerte se inclina por el frenazo (¡ÑÑÑIIIIIC!...) a cinco centímetros y medio de sus pantalones de chándal Adidas.

*Imagen congelada. Se mantiene cinco segundos.*  
Asombroso. ¡MEGACERCA!

Para cuando se disipan las nubes del neumático azul, Donald ya le ha devuelto hábilmente la tabla a su propietario y la nena al gilipollas de su padre, y ahora camina como si nada importante hubiera ocurrido. El hecho de que cuatro vehículos más impacten a toda velocidad en la parte de atrás del Corolla detenido (¡¡¡CRUNCH, DUCH, CRANCH, PARAPUM!!!) y creen el más espantoso montón de papiroflexia metálica no tiene mucho interés. Don ni se entera. Ya tendría que estar en otra parte.

La multitud se queda preguntándose quién demonios es ese chaval.

Lo importante en este momento para Donald es llegar a la cita, pues sus padres le han dicho que no se

retrase. Se pone otra vez en marcha, y no vuelve la vista atrás mientras por los auriculares de su flamante iPod suena una canción a un volumen que podría dividir el átomo. En la actualidad es su favorita:

Sé que piensas que soy un zafio,  
no es más que la pornografía de la juventud,  
así que no me culpes, nena, porque es la verdad,  
no es más que el P. O. R. N. O. de la juventud  
que se viene abajo.

Nuestro héroe mete la mano en el bolsillo y ajusta el volumen: más alto. La percusión amenaza su vida. Altera su mente. Le lobotomiza. Dum... Dum... Dum... Dum... Dum... Entonces Donald se para. ¿Es éste el lugar al que va? Un lugar extraño en el que pararse. Mira a su alrededor. ¿Por qué está de pie en medio de una vía de tren en una traviesa, un pie sobre cada raíl? ¿Qué clase de cita sería ésa?

El sonido de un tren de mercancías crece en magnitud, sacudiendo el entorno. Pero en lugar de correr para ponerse a salvo, Donald baja la mirada a sus Vans deshilachadas sobre la traviesa grasienta y ve que se le ha deshecho un nudo y que necesita atención inmediata. El izquierdo se ha escapado del nido de su triple lazada y le exige que se incline en lenta genuflexión, aunque una locomotora a toda pastilla doble la curva. Lentamente, Don reanuda el cordón desde cero, tomándose lo con calma, deshaciendo primero el enre-

do de lo que queda hasta que tiene dos hilos perfectos con los que empezar y, cruzándolos como primera medida, aprieta el índice sobre el nuevo cruce (del mismo modo que un médico toma el pulso en una vena que late) y luego hace dos lazos de igual tamaño al estilo preferido por los chavales de todo el mundo, antes de hacer un nudo corredizo con el resultado final. Gerónimo. El cordón izquierdo está restaurado: un bonito lazo. Y sólo entonces se pone en pie, y con un suspiro se aparta de las vías en el instante —¡en el mismo instante!— en que diez mil toneladas de metal pasan zumbando a su espalda, a pocos milímetros, tan cerca que el tren guillotina la sombra de Donald por el cuello.

¡MEGACERCA!

Sin volver la vista atrás, aislado del chillido del tren por sus auriculares, sigue su camino sin que nada de cuanto ha sucedido se refleje en su actitud general. Se fija tan sólo en que es un poco tarde y acelera el paso. Cruza la calzada de manera imprudente, toma atajos, se escurre entre la gente y el tráfico. Incluso se mete en el callejón sin salida que hay delante de la zona de cafeterías de High Street y llega a una pared de ladrillos de cuatro metros de alto. ¿Y ahora? Mira la pared, se vuelve un momento para mirar a su espalda. A continuación pone la zapatilla derecha sobre la pared, a noventa grados de su cuerpo. A continuación, con un movimiento concertado de cadera hacia arriba y hacia delante, ¡clava la zapatilla izquierda junto a la derecha! Ahora, de-

safiando la física de Newton, está horizontal, allí de pie. Desde luego, espera que nadie le observe.

Caminando muro arriba, al igual que lidiaría con una acera un tanto resbaladiza —con cautela, asegurando cada paso—, apenas seis pasos le llevan a la cumbre, donde arroja el peso de nuevo hacia delante, colocándose diestramente en vertical. *Voilà*. Ahora está de pie en lo alto del muro, en equilibrio, controlando, el sol de final de la mañana en la cara, los ojos cerrados un instante mientras disfruta de un segundo de serenidad antes de abrirlos enormemente y mirar hacia abajo: mira hacia abajo, hacia los mareantes kilómetros de la abismal caída que está a sus pies. Lo que debería ser una caída de cuatro metros hasta el suelo se ha convertido al otro lado en un vertiginoso precipicio de ocho plantas por la fachada de un rascacielos de una populosa calle de una ciudad no del todo real, no del todo creíble. ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué clase de muro es éste, a un lado un contrafuerte de Watford de poca altura y al otro una vista desde el Empire State Building? Está claro que se halla dentro de algún tipo de portal, un portal de paso a una concurrida megalópolis al que él tiene acceso secreto y sin restricciones. En una capitulación de la conciencia, no se arredra ni da media vuelta, sino que se ajusta la mochila, inspira profundamente y, controlando su destino, salta...

Salta. Gerónimo. Desde la banal posición estratégica del callejón de Watford no es más que un chaval saltando un muro. No hay en ello nada suicida. Pero... pero... si sabes lo que sabe Donald, entonces... entonces...

A veces no todo es lo que parece —los ojos no son un testimonio infalible, el misterio y los hechos juegan a «A que no me pillas» y se turnan para ser *eso*—, pues sólo unos quince minutos más tarde este mismo joven es divisado en otra parte de Watford, a salvo, ileso, entero, en...

*Encadenado a...*

... una sala de hospital, el lugar donde le esperaban y justo a tiempo, entrando en el edificio tal como se esperaba que hiciera, siguiendo las órdenes de sus padres, entrando a pie y no a través de las puertas giratorias eléctricas que hay en la entrada principal, sino a través de una discreta calle lateral que sólo conocen los visitantes habituales.

Le recibe un tal doctor Fred Sipetka. Donald se mete la mano en el bolsillo hasta encontrar, estilo Braille, el botón con la muesca de Stop del iPod. La música muere en sus oídos y el médico sonrío y ve que ahora es posible hablar con él.

DOCTOR: Hola, Donald. ¿Todo listo?

Don asiente y Sipetka le conduce hasta un ascensor. Juntos suben, suben, suben ocho plantas en medio de un susurro. Cuando salen tuercen a la derecha y cruzan una puerta batiente con un cartel de tres palabras desvaído encima. Donald no levanta la vista al pasar por debajo. Tiene la mirada en los zapatos. De todos modos, sabe lo que dice. Pone: «Pabellón de Oncología».